

BARTRA, Roger. *Blood, Ink, and Culture: Miseries and Splendors of the Post-Mexican Condition*. Trad. Mark Alan Healey. Durham & London: Duke University Press, 2002. 249 pp. (ISBN: 0-8223-2923-9)

Esta publicación recoge para el público anglófono un surtido de ensayos distintos escritos por Bartra durante los años ochenta y noventa sobre la íntima relación entre los temas de la modernidad y la mexicanidad, colocando incondicionalmente al antropólogo en el panteón de los grandes pensadores mexicanos que se han esforzado por resolver el dilema de "lo mexicano". La colección analiza momentos clave del reformismo radical, que han sido factores influyentes en la trayectoria de los eventos políticos en México durante los últimos veinte años, con el fin de permitir al lector seguir la evolución del pensamiento bartrariano a lo largo de este período. Según Bartra, México forma parte del orden político y social internacional, y para poder realizarse en la era postmoderna, es necesario buscar nuevas formas de concebir la mexicanidad que no dependan de las interpretaciones etnonacionalistas y autoritarias del pasado. En efecto, Bartra quiere librar a México de la "jaula" nacionalista en que vivió encerrado durante los setenta años que gobernó el PRI.

Aunque la traducción contiene muchos de los mismos títulos recogidos en la versión original, *La sangre y la tinta. Ensayos sobre la condición postmexicana* (1999), hay otros que no aparecen en la edición mexicana y viceversa, lo cual mueve a uno a preguntarse sobre el público lector a quien va dirigida cada colección. El propósito de la edición en lengua inglesa parece ser doble: 1) pretende familiarizar al lector angloparlante con la obra extensa y copiosa de Bartra, ya que es posible que muchos sólo conozcan su éxito de librería, *The Cage of Melancholy: Identity and Metamorphosis in the Mexican Character* (1992). 2) Bartra busca el apoyo de la comunidad internacional para llevar a cabo el proyecto de transición democrática que emprende México en el nuevo milenio (18). La selección y secuencia de los ensayos de ambas ediciones permiten que su autor arguya de modo concluyente frente al público nacional e internacional que México sí pertenece al Occidente, y que merece un lugar en el foro internacional democrático.

La dualidad fundamental de la sangre y la tinta forma la base del argumento. Esta metáfora representa otra manera más de expresar la vieja polémica hispánica de la espada y la pluma, y de cierto modo, también el debate latinoamericano de la barbarie contra la civilización. La cultura de la sangre simboliza la pasión ardiente de los nacionalistas priistas dispuestos a derramarla en defensa de la patria, mientras la de la tinta describe la cultura intelectual que ha dado guerra con otro tipo de sangre, la sangre negra de sus plumas. Ninguno de los viejos dogmas sirve ya porque ha surgido en la era postmoderna una nueva dinámica sociopolítica que requiere una orientación distinta a la anterior en cuanto a los problemas de identidad e intelectualidad. En el caso de México, la crisis ideológica tiene sus raíces en el nacionalismo revolucionario que se practicó durante los años gubernamentales del PRI. Este régimen logró codificar una definición estrecha de la mexicanidad basada en dos

mitos clave que impidieron la realización de la democracia auténtica en el país. Primero, el mito del mestizaje consolidó la ilusión de México como una nación inclusiva que representaba los intereses de todas las razas y culturas del país. Al mismo tiempo, la elaboración de teorías de modernización construidas alrededor de la noción de un centro occidental (capitalista y democrático) que impedía el desarrollo de los países periféricos engendró la generalidad de la supuesta exclusividad mutua entre la democracia y el socialismo (46). El resultado de la perpetuación de estas dos falsedades fue el de subvertir la creación de nuevas voces de oposición política dentro del sistema autoritario del PRI, y de inutilizar los esfuerzos de la izquierda por ofrecer una solución comprensible y duradera a la crisis, retrasando así el desarrollo de la sociedad civil en México.

Una de las preguntas más perturbadoras de la colección se relaciona con el rol que imagina Bartra para la expresión indígena en la sociedad civil del nuevo milenio. En ningún lugar es esto más evidente que en la selección de ensayos incluidos u omitidos en cada edición. Mientras varios de los títulos recogidos en la edición mexicana se orientan hacia el papel del indio en la formación de la identidad mexicana, la selección y organización de los ensayos en *Blood, Ink* limita esta discusión a un contexto más restringido. Por ejemplo, "Tropical Kitsch" es el único que se enfrenta al asunto, analizando el problema de la sublevación zapatista en Chiapas. Quizás la omisión de títulos refleje la decisión de la casa editorial de escoger sólo los que puedan interesarle a su público. Pero no se puede ignorar que el concepto de la sociedad civil está íntimamente relacionada con el trato que reciben las minorías por parte del Estado.

Contradiendo lo que parece ser la nueva dirección internacional, la cual busca extender autonomía o autodeterminación a las minorías autóctonas, Bartra rechaza tajantemente esta posibilidad para México, porque puede resultar en la sanción nacional de prácticas de supuesta expresión tradicional que son en realidad normas autoritarias o sexistas que no forman parte del sistema contemporáneo de valores morales y éticos (35). Por esta razón la solución para el llamado problema del indio debe ser parte de un diálogo nacional en que participen todos los mexicanos. A lo largo de estos ensayos Bartra aboga a favor de la creación en México de una forma transplantada de democracia –la representativa– modelo liberal bajo el cual todo individuo vive "sujeto a las mismas leyes sin tomar en cuenta su color, religión, etnicidad o sexo" (34). Descarta en su totalidad otro tipo de democracia que sí ha formado parte de la experiencia mexicana –la participativa– porque huele al patronazgo del PRI. Este otro modelo es el corporativista, el cual reconoce la responsabilidad que tiene el Estado de intervenir en los asuntos públicos para proteger los derechos colectivos de los diferentes grupos. Es una cuestión que seguramente le interesa al público lector norteamericano, debido a que en los Estados Unidos el debate sobre el futuro de sus programas de "acción afirmativa" ha tomado mayor fuerza últimamente.

El eje del conflicto mexicano se ve en el choque de formas occidentales frente a formas (supuestamente) autóctonas de concebir el estado, es decir, la noción de los

derechos colectivos frente a los del individuo, y el rol que tiene el Estado de árbitro social en el foro público. Al igual que José María Luis Mora después de la Independencia y Vasconcelos después de la Revolución, cuyas soluciones para la crisis nacional de aquel entonces prescribieron una occidentalización de la cultura mexicana y el rechazo del indigenismo, la receta que ofrece Bartra parece fuera de sincronía con la realidad histórica del país. Aunque critica (a justo título) las prácticas populistas del indigenismo integracionista del Estado mexicano porque han buscado perpetuar modelos patrimoniales de patronazgo y han alentado un nacionalismo etnocéntrico, hace caso omiso del hecho de que, históricamente, los esfuerzos por construir en México una sociedad civil basada en los preceptos de los derechos individuales sólo han resultado en la disminución de los derechos colectivos de los grupos indígenas en su relación con el estado y, consecuentemente, en la destrucción de su civilización. Pero este asunto no provoca reacción alguna en Bartra porque no cree que haya perdurado ninguna forma legítima de expresión indígena en México. Víctimas de la asimilación y la cooptación desde la Conquista, estas comunidades no muestran ningún rasgo prehispánico –sus normas culturales son sólo vestigios de “formas coloniales político-religiosas de ejercicio de la autoridad” que amenazan la supervivencia de la democracia representativa en el país (32). Según Bartra, la única solución a este dilema consiste en superar “los fundamentalismos étnicos y religiosos” que hoy en día dividen a los mexicanos y crear una sociedad civil en el país que sepa apreciar su “otredad cultural” (32). Las palabras de Bartra suenan maravillosamente, pero es difícil comprender qué papel pueden desempeñar las poblaciones indígenas en la construcción de una identidad postmoderna en México si queda inválida toda manifestación cultural suya.

La postura de Bartra representa, para no decir más, una posición controvertida en un país tan profundamente indígena como México, y contradice la ideología proindigenista a la que la mayoría de la comunidad intelectual mexicana todavía se adhiere. Sin embargo, su argumento para la reorientación total de la civilización mexicana es irresistible, en parte porque el autor posee una capacidad visionaria de concebir el problema de “lo mexicano” en su conjunto. Es la opinión de Bartra que el reto más significativo con que se enfrenta el país en el nuevo milenio es el de librar a la cultura mexicana de su identificación sofocante con la política nacionalista, y de crear una sociedad civil que sea verdaderamente pluralista y no solamente populista. Es otro enigma imaginar una mexicanidad que sepa valorar los nuevos pluralismos de la postmodernidad sin descontar los del pasado.

Kelley Swarthout
Universidad de Colgate, EE. UU.